

### III

CUANDO resplandeció el día por completo John se levantó y se vistió. No podía faltar ni un día á sus gozosas ocupaciones de la mañana; le faltaba valor en la ocasión presente, pero no importaba; tratándose del día fijado para la boda de Tackleton, había procurado hacerse reemplazar en sus tareas. Se propuso, sin sospechar lo que había de ocurrir, ir á la iglesia alegremente con Dot, pero no había que pensar más en ello. Aquel día celebrábase también el aniversario de su matrimonio. ¡Quién le hubiera dicho que tal año había de tener tan lastimoso fin!

El mandadero esperaba una visita de Tackleton á primera hora y no se engañó. Apenas empezó á pasearse de arriba abajo junto á la puerta, vió á lo lejos el cochecito del comerciante de juguetes. A medida que iba aproximándose, John

pudo notar con más fijeza que Tackleton estaba ya de mil y un alfileres para la boda, y que había adornado la cabeza de su caballo con flores y cintas.

El caballo se parecía más á un novio que su mismo amo, cuyo ojo semicerrado ofrecía una expresión más desagradable que nunca. Pero el mandadero no reparó en tal cosa; otros pensamientos hurgábanle el cerebro.

—John Peerybingle, —dijo Tackleton como si se condoliera de John;—¿cómo habéis pasado la noche?

—No muy buena, señor Tackleton, —respondió el mandadero sacudiendo la cabeza; —tenía el espíritu turbado. Pero todo ha concluído. ¿Podéis concederme algo así como un cuarto de hora de audiencia?

—He pasado por aquí expresamente para veros, —respondió Tackleton bajando del coche. —No os molestéis por el caballo. Se mantendrá tranquilo con las riendas pasadas por encima del poste, si queréis darle un puñado de heno. —

El mandadero fué á buscar heno al establo y lo puso delante del caballo; luego los dos hombres entraron en la casa.

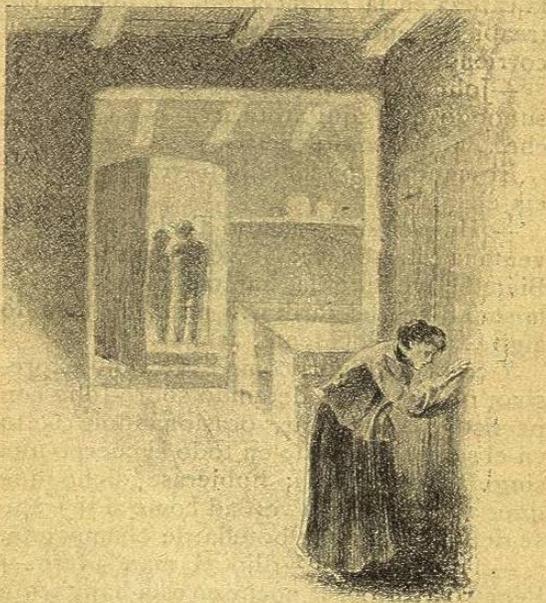
—¿Supongo que no os casaréis antes del mediodía? —dijo John.

—No, —respondió Tackleton. —¡Tengo tiempo de sobra, tengo tiempo de sobra! —

En el mismo instante en que penetraron en la cocina, Tilly Slowboy llamaba á la puerta del extranjero, cerca de ellos. Uno de sus ojos colorados, —Tilly había llorado toda la noche porque su señora lloraba, — permanecía aplicado al agujero de la cerra-

dura; Tilly redoblaba sus golpes y parecía muy espantada.

—No puedo lograr que me oigan, —dijo Tilly, mirando á su alrededor. —Supongo que nadie habrá partido para el otro mundo. —



Formulando este deseo filantrópico, miss Slowboy dió nuevos puñetazos y puntapiés á la puerta, sin obtener resultado alguno.

—¿Queréis que vaya allí? —preguntó Tackleton. —Es curioso. —

El mandadero, que había apartado la

mirada de la puerta, le indicó con un gesto que podía ir allí, si gustaba.

Tackleton acudió, pues, en ayuda de Tilly; trató también á puñetazos y á punta-piés con la puerta sin obtener la menor respuesta. Vinole la idea de coger la manecilla, y habiéndola vuelto sin trabajo, metió la cabeza en la estancia por la puerta entreabierta, entró en ella y volvió en seguida corriendo.

—John Peerybingle,—le dijo al oído,—supongo que aquí no ocurrió nada esta noche... ninguna violencia.—

El mandadero se volvió vivamente hacia él.

—¡Ha partido!—añadió Tackleton,—y la ventana está abierta. No veo rastro alguno... Bien se ve que la habitación está casi al mismo nivel del jardín... pero he temido algo... algún incidente, ¿eh?—

Y cerró casi por completo su ojo expresivo, que se había detenido sobre John con persistencia singular, ocasionándole tanto en el semblante como en todo el cuerpo una singular contorsión; hubiérase dicho que quería arrancarle la verdad como si se tratase del tapón de una botella de champagne.

—Tranquilizaos,—dijo el mandadero.—Penetró ayer por la noche en esta habitación sin haber recibido de mi parte el menor mal ni la menor injuria, y nadie entró aquí después de él. Se ha marchado por su propio albedrío. Vino y se fué como y cuando quiso. Negocio concluído. Y puesto que visteis lo que visteis, quiero que os internéis en mi corazón para que leáis mis intenciones

sobre este particular. Porque he trazado una línea de conducta,—añadió el mandadero contemplándole atentamente,—y por nada del mundo me apartaré de ella.—

Tackleton murmuró en términos generales algunas palabras de aprobación sobre la necesidad en que se hallaba John de ejecutar una venganza cualquiera, pero la actitud de su interlocutor le dominó. Por más sencilla y ruda que fuese, tenía cierta nobleza y una dignidad natural que sólo podían derivar de un fondo de honor y de generosidad bien arraigado en su alma.

—Soy un hombre sencillo y grosero,—prosiguió John,—y no tengo grandes méritos, ¡bien sé á qué atenerme sobre el particular! No soy ingenioso, como sabéis muy bien; no soy joven; amé á Dot porque la vi crecer desde su niñez en casa de su padre; porque conocía todo su valer; porque había llenado mi vida durante años enteros. Con muchos, muchísimos hombres, no podré compararme jamás; pero nadie hubiera amado tanto á Dot como yo la amo!—

Detúvose y golpeó suavemente el suelo con el pie durante algunos momentos antes de proseguir su peroración.

—He pensado frecuentemente que aunque no formase con ella la pareja más proporcionada del mundo, llegaría á ser un buen marido y á apreciar quizá su valía mejor que cualquier otro; y por este motivo creí que nuestro matrimonio no sería falto de razón por completo. Y efectivamente, nos casamos.

—¡Ah!—exclamó Tackleton con una inclinación de cabeza.

—Me había estudiado, la había puesto á prueba; sabía cuánto la amaba y cuán feliz sería,—añadió el mandadero.—Pero no había reflexionado suficientemente (y hoy lo siento con toda el alma) sobre las consecuencias que resultarían con respecto á ella.

—A buen seguro,—dijo Tackleton.—¡El aturdimiento, la frivolidad, la ligereza! ¡No lo habéis reflexionado! ¡Habéis perdido de vista...! ¡Ah!

—Os agradecería que os abstuvieseis de toda interrupción,—repuso John ligeramente malhumorado,—hasta que me comprendieseis, y estáis aún lejos de entenderme. Ayer hubiera muerto de un peñetazo al hombre que se hubiese permitido lanzar una sola palabra contra ella; hoy le pisaría el rostro, aunque fuese mi hermano!—

El comerciante de juguetes le contempló asombrado. John prosiguió con tono algo más suave:

—¿Había yo reflexionado alguna vez que á su edad la arrebatara resplandeciente de alegría y de belleza, á sus jóvenes compañeras, á las variadas y brillantes escenas de las cuales era Dot el adorno principal, la más espléndida estrella del firmamento, para encerrarla para siempre en mi triste casa y encadenarla á mi enojosa compañía? ¿Había reflexionado cuán distante estaba de su vivacidad, y cuán penosa había de ser mi concepción lenta para un espíritu tan pronto como el suyo? ¿Había reflexionado que no representaba en mí título ni mérito alguno el amarla, ya que cuantos la conocían daban en el mismo afecto? ¡Nunca,

nunca! Me aproveché de su carácter juguetón confiando en el porvenir, y me casé con ella. No quisiera haberlo hecho jamás; ¡por ella, Dios mío, por ella y no por mí!—

El comerciante de juguetes le contempló sin guiñar el ojo, y aun su ojo semicerrado se abrió completamente por esta vez.

—¡Dios la bendiga,—dijo John,—por la generosa constancia con que ha procurado apartar de mí este doloroso descubrimiento! Y perdóneme el cielo si mi pesada inteligencia no comprendió más pronto lo que ocurría. ¡Pobre niña! ¡Pobre Dot! ¡Y no la he adivinado yo, que he visto sus ojos llenos de lágrimas cuando se hablaba de matrimonios semejantes al nuestro! ¡Pobre muchacha! haber podido esperar que me amaría, haber podido creer que me amaba realmente!

—Es lo que ha procurado fingir, y tan bien lo ha fingido, que á decir verdad, esto ha sido lo primero que me hizo entrar en sospechas.—

E hizo valer la superioridad de May Fielding, á quien á buen seguro no podía acusarse de fingirle amor.

—Lo que ensayaba,—dijo el pobre John con emoción mayor de la que hasta entonces había demostrado,—sólo ahora empiezo á comprender cuánto la habrá costado. ¡Cuán buena ha sido! ¡Cuánto hizo por mí! ¡Qué corazón tan valiente y enérgico el suyo! Prueba de ello es la felicidad que he alcanzado bajo este techo, y que será siempre mi consuelo cuando quede solo aquí.

—¿Solo?—preguntó Tackleton.—¿Qué intención es la vuestra?

—Tengo la intención, —respondió el mandadero, —de darle la mayor muestra posible de ternura y de ofrecerla la reparación más completa que he llegado á imaginar. Puedo librarla de un diario sufrimiento; del que resulta de un matrimonio desigual, y de los esfuerzos que ella hace para ocultarme su pena. Dot será tan libre como quiera.

—¡Ofrecerla una reparación! ¡A ella! —exclamó Tackleton llevándose las manos á las orejas y poniéndolas gachas. —¿Estaré equivocado? ¿Lo habré oído mal? —

John cogió por el cuello al comerciante de juguetes y le sacudió como si fuese una caña.

—Oídme, —dijo, —y procurad comprenderme bien. Oídme. ¿Acaso no hablo con claridad?

—Con gran claridad, —respondió Tackleton.

—¿Como hombre resuelto?

—A buen seguro, como hombre muy resuelto.

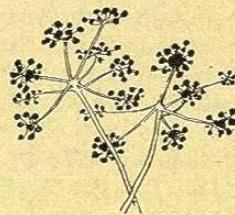
—Toda la noche pasada, toda la noche estuve sentado ante este hogar, —exclamó el mandadero, —en el sitio en que frecuentemente podía contemplarla á mi lado, mientras ella me miraba con su lindo semblante. Pasé revista á su vida entera, día por día; he visto de nuevo su querida imagen presentándose ante mis ojos en todas las situaciones de su vida. La cólera y la desconfianza me han abandonado. —

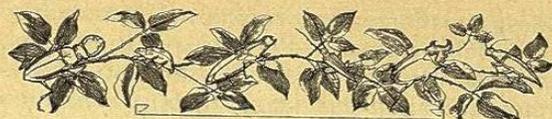
¡Valiente grillo! ¡Leales hadas domésticas!

—Sólo me resta mi pesar, —continuó John.

—Si opináis así... —empezó á balbucear Tackleton.

—Que parta, pues, —prosiguió el mandadero. —Que parta con mi bendición por todas las horas de felicidad que me ha proporcionado, y mi perdón por las congojas de que ha sido para mí la causa. Que parta con la paz del corazón que la deseo. No me odia jamás; por el contrario, aprenderá á amarme mejor, aun cuando no la arrastre á remolque de mi destino. Entonces llevará más ligeramente la cadena á que la ató tan desgraciadamente para ella. Hoy hará un año que la arrebaté á su hogar, sin preocuparme de si sería ó no feliz. Hoy volverá á él y no la importunaré más. Su padre y su madre llegarán en seguida; habíamos formado cierto plan para celebrar juntos este día; sus padres se la llevarán á su casa. Puedo confiar en ella, allí y en todas partes. Si me muriese (puedo morir quizá mientras ella sea joven; en pocas horas conozco que he perdido mis fuerzas) Dot comprenderá que me he acordado de ella y que la he amado hasta el último día. He aquí la conclusión de lo que me hicisteis ver. Ahora, todo ha terminado. —





IV

No, John, no ha concluído todo. No digáis aún que todo ha concluído. No lo digáis aún. He oído vuestras nobles palabras, y no quiero marcharme sin deciros que me han llenado de hondo reconocimiento. No digáis que todo ha concluído antes que el reloj haya sonado otra vez.—

Dot, que entró poco después de Tackleton, había permanecido en la habitación. Ni siquiera miraba á Tackleton; con los ojos fijos en su marido, se mantenía fuera de su alcance, dejando entre ella y él la mayor distancia posible; y aunque hablase con el entusiasmo más apasionado que pueda imaginarse, no se acercó á John ni siquiera en aquellos instantes de vivacidad. ¡Cuán diferente se mostró en este detalle de la Dot de antes!

—No hay ya reloj que pueda hacer sonar para mí por segunda vez las horas pasadas,

desgraciadamente;—replicó el mandadero con débil sonrisa.—Pero ya que lo queréis, sea así. Pronto sonará la hora; no tendremos que aguardar largo tiempo. De buen grado realizaría cosas más difíciles por complaceros.

—Muy bien,—murmuró Tackleton.—Es preciso que me marche, porque cuando la hora suene, debo estar en camino para la iglesia. Buenos días, John Peerybingle.

—¿He hablado claramente?—preguntó John acompañándole hasta la puerta.

—¡Oh, muy claramente!

—¿Y os acordaréis de lo que os he dicho?

—Sí, y si queréis que os lo haga notar con especialidad,—dijo Tackleton, no sin haber tomado previamente la prudente precaución de empezar á subir al coche,—debo deciros que ha sido para mí tan inesperado el lance, que no es probable que lo olvide.

—Tanto mejor para los dos,—repuso John.—Adiós. Mil felicidades.

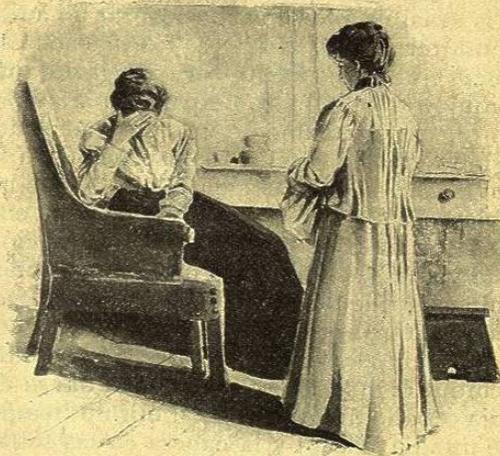
—Querría poder deciros lo mismo,—dijo Tackleton,—pero ya que no es factible, os doy por lo menos las gracias. Y dicho sea entre nosotros (creo que ya os lo he significado) no creo pasarlo peor en mi matrimonio, aunque May no me haya hecho grandes demostraciones de cariño. Adiós. Cuidaos mucho.—

John le siguió con la mirada hasta que la distancia le hizo aparecer lo suficientemente pequeño para quedar oculto entre las flores y las cintas de su caballo. Entonces, exhalando un profundo suspiro, fuese á vagar como alma en pena á la sombra de

algunos olmos vecinos con el propósito de no entrar en su casa hasta que diese la hora.

Su mujercita, que había quedado sola, sollozaba amargamente; pero se enjugaba los ojos con frecuencia y detenía el curso de sus lágrimas para decirse:

—¡Dios mío! ¡qué bueno es! ¡qué excelente!—



Y luego, una ó dos veces, se echó á reir con tanta cordialidad, con un aire de triunfo tan raro y de un modo tan incoherente (puesto que no cesaba de llorar al mismo tiempo) que Tilly se espantó sobremanera.

—¡Oh, por Dios, no hagáis tal cosa!—dijo.—¡Podríais matar al niño, por Dios!

—¿Le llevarás alguna vez á su padre, Tilly, cuando yo no pueda vivir aquí y me haya vuelto á mi casa?—le preguntó su señora enjugándose los ojos.

—¡Oh, por Dios! ¡No hagáis tal cosa!—exclamó Tilly desencajada y dando un aullido atroz, exactamente igual á los de Boxer.—¡Por Dios, no hagáis tal cosa! ¡Por Dios! ¿qué habrá hecho todo el mundo á todo el mundo para que todo el mundo sea tan desgraciado? ¡Uh, uh, uh, uh!...—

La sensible Slowboy iba á lanzar un aullido tan terrible, á causa de los mismos esfuerzos que había hecho para ahogarlo, que el chiquitín se hubiera despertado infaliblemente, experimentando un terror enorme, seguido de lamentables consecuencias (de convulsiones probablemente) si sus ojos no hubiesen hallado á Caleb Plummer que entraba con su hija. Llevada por la aparición de la visita al sentimiento de la mutua conveniencia, quedó en silencio durante algunos minutos, abriendo la boca; luego corrió al galope hacia la cama en que dormía el chiquitín y se puso á bailar una danza de bruja ó baile de San Vito, al mismo tiempo que hundía la cara y la cabeza en las sábanas, hallando gran consuelo sin duda en tan extraordinarios ejercicios.

—¡Cómo!—exclamó Berta,—¿no habéis asistido á la boda?

—La dije, señora, que no asistiríais á ella,—dijo Caleb en voz baja. Sabía á qué atenerme en cuanto á vos. Berta no ha podido quedarse en casa esta mañana. Temía, estoy seguro de ello, el son de las cam-

panas y no podía soportar la proximidad de la boda. De modo, que hemos salido temprano de casa y hemos venido inmediatamente.

—He reflexionado sobre cuanto hice,—dijo después de un momento de silencio.—Me reproché, hasta el punto de no saber qué resolución tomar, toda la pena que la he causado, y he resuelto que más vale,—si queréis quedaros conmigo por breves instantes, señora,—enterarla de toda la verdad. ¿Queréis quedaros conmigo estos instantes?—la preguntó Caleb temblando de pies á cabeza.—Ignoro el efecto que la voy á producir; ignoro lo que pensará de mí, ignoro si después de la revelación amará aún á su pobre padre. Pero es enteramente necesario para su bien que quede desengañada, y en cuanto á mí, sean cuales fueren las consecuencias, es justo que las sufra.—

Y Caleb se colocó á la derecha de su hija, mientras Dot quedaba á su izquierda tomándola la mano.

—Berta, hija mía,—dijo Caleb,—necesito decirte algo que me pesa sobre la conciencia, ahora que estamos solos los tres. Debo hacerte una confesión.

—¿Una confesión, padre mío?

—Me alejé de la verdad y me perdí,—prosiguió Caleb con expresión desgarradora que le alteraba el semblante por completo.—Me alejé de la verdad por tu amor, y este amor me hizo cruel.—

Berta volvió hacia él su rostro, en que se reflejaba excesivo asombro, y repitió:

—¡Cruel!

—Se acusa con harta severidad, Berta,—añadió Dot,—lo reconoceréis vos misma; vais á reconocerlo en seguida.

—¡El! ¡Cruel para conmigo!—exclamó Berta con incrédula sonrisa.

—Sin querer, hija mía,—dijo Caleb.—Pero lo he sido, aunque hasta ayer no lo notara. Hija mía, óyeme y perdóname. El mundo en que vives no existe tal como te lo he representado. Los ojos de que te fias- te han mentido.—

Berta volvió de nuevo hacia él su semblante, que mostraba creciente sorpresa, pero retrocedió y se estrechó contra su amiga.

—El camino de la vida te hubiera sido rudo, hija de mi corazón,—continuó Caleb,—y he querido endulzártelo. He alterado los objetos, desnaturalizado el carácter de las personas, inventado muchas cosas que no existieron jamás, para hacerte más dichosa. He guardado secreto con respecto á tí, te he rodeado de ilusiones ¡perdóneme Dios! y te he colocado en medio de una existencia llena de ensueños.

—¡Pero las personas vivientes no son ensueños!—exclamó Berta precipitadamente, palideciendo y alejándose más aún de su padre.—¡No podíais variarlas!

—Así lo hice, no obstante, Berta,—confesó Caleb.—Una persona que conoces tiempo há...

—¡Oh, padre mío!—respondió Berta con acento de amarga reprensión;—¿por qué decís que la conozco? ¿Acaso conozco algo, si no soy más que una miserable ciega sin guía!—

Dominada por su desdicha, extendió las manos como si buscase su camino á tientas, y luego las condujo hacia su rostro con un gesto de tristeza y sombría desesperación.

—El que hoy se casa,—prosiguió Caleb,—es egoísta, avaro, déspota, un amo cruel para ti y para mí, hija mía, hace muchos años; repugnante en la faz como en el corazón, siempre frío, siempre duro; distinto por completo del retrato que te tracé, Berta mía, distinto por completo!

—¡Oh!—exclamó la ciegucecita, visible víctima de una tortura que estaba muy por encima de sus fuerzas;—¿por qué habéis obrado así? ¿Por qué llenasteis siempre mi corazón hasta el borde para venir luego á arrancarme, como la muerte, los ídolos de mi amor? ¡Cuán ciega soy, Dios mío! ¡Cuán sola y desamparada estoy!—

Su padre, desconsolado, bajó la cabeza sin responder más que con su aflicción y su remordimiento.

Berta se entregaba hacía un momento apenas, á sus violentos transportes de pesar, cuando el grillo del hogar, que sólo ella pudo oír, empezó su crri... crri... crri... no con alegría por esta vez, sino con acento débil, melancólico, tan triste y tan lúgubre que Berta se echó á llorar; y cuando la imagen que había permanecido toda la noche al lado de John compareció detrás de ella mostrándole á su padre con el dedo, Berta derramó lágrimas á torrentes.

En seguida oyó más claramente la voz del grillo, y aunque sus ojos no pudieron